

JEAN-LOUIS SKA

# Abrahán y sus huéspedes

*El patriarca y los  
creyentes en el Dios único*



Jean-Louis Ska, s.j.

# Abrahán y sus huéspedes

El patriarca y los creyentes  
en el Dios único



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra)

2004

Editorial Verbo Divino  
Avenida de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra), España  
Teléfono: 948 55 65 11  
Fax: 948 55 45 06  
Internet: <http://www.verbodivino.es>  
E-mail: [evd@verbodivino.es](mailto:evd@verbodivino.es)

Tapa: *Hospitalidad de Abrahán*. Salterio de Saint-Louis (1256).

Traducción: Pedro Barrado y M<sup>a</sup> Pilar Salas

Título original: *Abraham et ses hôtes. Le patriarche et les croyants au Dieu unique*

© Éditions Lessius, 2002. © Editorial Verbo Divino, 2004. Es propiedad.  
*Printed in Spain*. Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra).

Depósito legal: NA 1.542-2004

ISBN 84-8169-637-4

# Índice general

Prólogo .....	5
<i>Capítulo primero</i>	
<b>Abrahán en el Génesis</b>	
<b>o la eterna juventud del padre de los creyentes .....</b>	<b>9</b>
La edad de Abrahán .....	9
Una biografía agitada .....	11
La audaz y heroica docilidad de Abrahán .....	13
Abrahán, el viejo y el sabio .....	17
Abrahán y Ulises, Israel y Grecia .....	18
<i>Capítulo segundo</i>	
<b>Abrahán en la tradición judía</b>	
<b>o el modelo de los creyentes .....</b>	<b>21</b>
El retrato de Abrahán en el judaísmo antiguo .....	22
El Sirácida: las primeras interpretaciones de la figura de Abrahán .....	23
El Apócrifo del Génesis en Qumrán .....	26
El libro de los Jubileos .....	28
El midrás .....	30
La tradición rabínica (Misná y Talmud) .....	36
El judaísmo helenístico .....	37
1. Flavio Josefo .....	38
2. Filón de Alejandría .....	42
Conclusión .....	47

*Capítulo tercero***Abrahán en el Nuevo Testamento**

<b>o el retorno a las fuentes</b> . . . . .	49
Abrahán, el “creyente modelo” . . . . .	50
La paternidad de Abrahán según el Nuevo Testamento . . . . .	51
El sacerdocio de Melquisedec (Heb 7) . . . . .	55
“Antes que Abrahán naciera, yo soy” (Jn 8,58) . . . . .	57
Pablo y la salvación por la fe . . . . .	60

*Capítulo cuarto***Abrahán en el Corán**

<b>o el prototipo del “musulmán”</b> . . . . .	63
Abrahán, Isaac e Ismael en la Biblia . . . . .	64
La figura bíblica de Agar . . . . .	65
Ismael e Isaac en los relatos del Génesis: ¿dos hermanos enemigos? . . . . .	66
Abrahán en el Corán . . . . .	68
Abrahán y el monoteísmo . . . . .	69
El sacrificio del hijo y la “sumisión” de Abrahán . . . . .	70
Abrahán e Ismael en La Meca . . . . .	73
Abrahán y la visita de los mensajeros de Dios . . . . .	74
Abrahán, el precursor de la religión musulmana . . . . .	83
Abrahán y Mahoma . . . . .	85

*A modo de epílogo*

<b>¿El camino de lo imposible?</b> . . . . .	87
Los diversos rostros de Abrahán . . . . .	87
La esfera y el bosque . . . . .	89
El guía en el bosque . . . . .	92
Un diálogo a la sombra de las encinas de Mambré (Gn 18,1-15) . . . . .	97

El caso de la España musulmana . . . . .	99
Algunos destinos excepcionales y significativos . . . . .	103
1. <i>Ibn Ezra</i> . . . . .	103
2. <i>Averroes</i> . . . . .	105
3. <i>El Cantar de mio Cid</i> . . . . .	109
4. <i>Maimónides</i> . . . . .	110
5. <i>Najmánides</i> . . . . .	112
6. <i>Fray Luis de León</i> . . . . .	114
El reverso de la medalla . . . . .	115
Conclusión . . . . .	119
 <i>Apéndice</i>	
El árbol y la tienda.	
La función del decorado en Gn 18,1-15 . . . . .	125
 Bibliografía . . . . .	 135
Índice de citas de la Escritura y de textos antiguos . . . . .	151
Índice de nombres . . . . .	155
Índice de temas . . . . .	161

## Prólogo

En la literatura universal abundan figuras que encarnan la aventura en todas sus formas. La literatura antigua no es una excepción. Sin embargo, si hubiera que hacer la difícil elección entre todas estas figuras y decidir cuáles son las que han marcado más nuestra cultura, las que continúan suscitando émulos o alimentando a los espíritus impacientes por lanzarse hacia lo desconocido, pienso que surgirían muy fácilmente dos nombres: Ulises y Abrahán. *La Odisea* y el Génesis son quizá los dos libros que más han inspirado a los artistas y a los santos de nuestra historia. No es preciso insistir en la figura de Ulises, el héroe cuyo nombre está ligado al caballo de Troya y a las innumerables peripecias de un “regreso” a su isla de Ítaca, donde le espera la fiel Penélope. Es el símbolo de la astucia, porque sabe desenvolverse en esa zona de incertidumbre que separa la apariencia de la realidad. Encarna también la ética del viaje, de lo transitorio y de la constante adaptación a las circunstancias imprevistas.

Como veremos, Ulises está muy próximo a Abrahán a este respecto<sup>1</sup>. Ambos son viajeros que caminan diariamente en compañía de lo desconocido y lo imprevisto. Lo definitivo

<sup>1</sup> Ciertamente, no es casualidad que el gran crítico literario E. Auerbach dedique el primer capítulo de su obra *Mimesis. La représentation de la réalité dans la littérature occidentale*, París 1969 [traducción española: *Mimesis*, Madrid 1983], a una comparación entre *La Odisea* y el Génesis (“La cicatriz de Ulises”). El capítulo compara la escena en la que Ulises es reconocido por Euriclea, su antigua nodriza (*La Odisea*, libro XIX), y el relato de la prueba de Abrahán o sacrificio de Isaac (Gn 22,1-19).

está al final del camino, y nadie sabe exactamente de qué se trata. La única certeza verdadera es que el viaje debe continuar, cueste lo que cueste y, de vez en cuando, valga lo que valga. La salvación está en el propio viaje, y la única tentación verdadera sería detenerse. Sin embargo, hay algunas diferencias entre estos dos personajes, como mostraré en el primer capítulo de esta obra.

Estas páginas están dedicadas a Abrahán, el personaje bíblico que es llamado frecuentemente “padre de los creyentes” (*cf.* Rom 4,11). En el momento en el que el diálogo ecuménico se hace más difícil, y cuando el diálogo interreligioso se convierte en algo que parece imposible, será útil sin duda seguir durante algún tiempo a un personaje al que apelan tres grandes religiones monoteístas de este mundo: el judaísmo, el islam y el cristianismo<sup>2</sup>.

Estas tres religiones consideran a Abrahán como su antepasado común. Las tres se inspiran igualmente en el retrato que propone el Antiguo Testamento. Ciertamente, cada una de ellas añade a este retrato un número de rasgos particulares o da a la figura del antepasado una fisonomía nueva y, en algunos aspectos, inesperada. Sin embargo, las tres han explotado las potencialidades de los relatos bíblicos, bien sea prolongando algunas líneas, bien sea beneficiándose de los silencios de un texto conciso, para introducir nuevos episodios. A veces, la tradición posterior se ha interesado sobre todo en interpretar algunos episodios más significativos.

El proyecto del libro está inspirado, naturalmente, por lo que se acaba de decir. El primer capítulo habla en pocas palabras de cuáles son los rasgos más destacados del Abrahán bíblico, el anciano que en el atardecer de su vida se lanza a una aventura de la que no puede conocer el final, lo que otros hacen al alba de su juventud. El segundo capítulo hablará del patriarca en la tradición judía por dos razones

<sup>2</sup> Para un primer acercamiento al problema se puede consultar “Abraham, patriarche de trois religions”: *Le Monde la Bible* 140 (enero-febrero 2002).



principales. En primer lugar, el Nuevo Testamento depende en parte de la tradición judía de la época. En segundo lugar, la tradición judía es la primera en reinterpretar a Abrahán para hacer frente a los desafíos que le plantean las vicisitudes de la historia. El tercer capítulo aborda el Nuevo Testamento. Trata, entre otras cosas, del papel que desempeña Abrahán en la definición del nuevo “camino” abierto por el anuncio del Evangelio en un mundo en el que están juntos judíos y paganos. El cuarto capítulo está dedicado al islam, la religión que concede quizás más importancia a Abrahán, porque se define esencialmente como “religión de Abrahán” (*millat Ibrāhīm*).

Este libro, en su versión francesa, retoma cuatro artículos aparecidos en italiano en la revista *La Civiltà Cattolica* (151, III [2000], pp. 213-221; 151, IV [2000], pp. 341-349; 152, I [2001], pp. 50-60, y 152, I [2001], pp. 479-484). El texto francés ha sido revisado y completado para esta edición. El segundo capítulo, sobre la tradición judía, y el cuarto, sobre la figura de Abrahán en el Corán, han sido más elaborados. La exposición es más detallada y más sustancial que en los artículos originales. Hemos añadido, por ejemplo, un epílogo y un apartado sobre la figura de Abrahán en el Sirácida y en Qumrán, así como un análisis de la escena de Mambré (Gn 18,1-15) tal como es narrada por Flavio Josefo, Filón de Alejandría y el Corán. Como los textos bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento son más familiares, hemos preferido completar los capítulos que conciernen a tradiciones menos conocidas. También hemos añadido un epílogo y un estudio exeético: “El árbol y la tienda: la función del decorado en Gn 18,1-15”, publicado en la revista *Biblica* 68 (1987), pp. 383-389. En efecto, este texto es el que ha proporcionado el título y, además, sirve de telón de fondo a todo el libro. Es también la razón por la cual, cada vez que ha sido posible, hemos preguntado a las diversas tradiciones sobre el modo en que ellas han contado a su vez este característico episodio de la vida del “padre de los creyentes”.

Agradecemos sinceramente a la dirección de la revista *La Civiltà Cattolica* que nos haya permitido publicar este estudio en su lengua original, lo mismo que agradecemos a la dirección de la revista *Biblica* haber podido reproducir en este volumen el texto del artículo sobre Gn 18,1-15. Agradecemos igualmente a Jean-Pierre Sonnet y a Jacques Scheuer habernos sugerido numerosas precisiones, rectificaciones y mejoras. Esto vale sobre todo, pero no únicamente, para el capítulo sobre las tradiciones judías (Jean-Pierre Sonnet) y para el de Abrahán en el Corán (Jacques Scheuer). Sin embargo, sólo yo soy responsable de las lagunas e imperfecciones de este ensayo.

## Capítulo primero

# Abrahán en el Génesis o la eterna juventud del padre de los creyentes

“Abrahán tenía setenta y cinco años cuando dejó Jarán” (Gn 12,4b). Esta frase sigue al discurso divino que con frecuencia es titulado *Vocación de Abrahán*: “El Señor dijo a Abrán: Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré” (Gn 12,1). Aunque el relato de la vocación es muy conocido, el hecho de que el patriarca comience su carrera a una edad avanzada quizás no ha sido suficientemente subrayado. Por otra parte, esto no es más que una de las paradojas de esta figura que ocupa un lugar central tanto en la fe de Israel como en la de la Iglesia. Este capítulo quiere explorar algunas de estas paradojas para evaluar mejor su alcance.

## La edad de Abrahán

En Gn 12,1-3, Dios lanza a Abrahán a una aventura, de la cual no puede conocer su resultado, mientras las sombras del crepúsculo se alargan sobre su existencia. A esta edad, la mayor parte de los otros personajes bíblicos han terminado ya su carrera. Desde hacía mucho tiempo Jacob había vuelto de su estancia en casa de su tío Labán. Era el padre de una numerosa familia y el rico propietario de abundantes rebaños (*cf.* Gn 30,43)<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Según la cronología sacerdotal, Esau tiene cuarenta años cuando se casa (Gn 26,34). Jacob, su hermano gemelo, tenía, pues, la misma edad en el momento del episodio de la “bendición robada” que sigue a la mención de este matrimonio. Deja la casa paterna inmediatamente después de este episodio (Gn 28,10) y vuelve a ella tras veinte años (Gn 31,38.41). Tenía, por tanto, sesenta años a su regreso. Sin embargo, los relatos –que provienen de diversas fuentes– dan la impresión de que Jacob es más joven.

José ya se había convertido en gran visir de Egipto y había salvado a su familia del hambre<sup>4</sup>. David ya había muerto, ya que se convirtió en rey a la edad de treinta años y reinó durante cuarenta (2 Sam 5,4-5; 1 Re 2,11). Salomón había construido el templo de Jerusalén y numerosos palacios. Sólo Moisés puede rivalizar con Abrahán, ya que, según Ex 7,7, el hombre de Dios tiene ochenta años cuando Dios le llama para liberar a su pueblo.

Merece la pena que nos detengamos un instante en las fechas de la vida de Abrahán, porque tienen un valor simbólico. Basta alinearlas para darnos cuenta de ello. Abrahán tiene setenta y cinco años cuando parte hacia la tierra prometida (Gn 12,4). Después de diez años de permanencia en la tierra de Canaán, Sara, que sigue siendo estéril, propone a su marido que tome como esposa adicional a la sierva Agar (Gn 16,3), y el patriarca tiene ochenta y seis años en el momento del nacimiento de Ismael, el hijo que le da esta sierva (Gn 16,16). Tiene noventa y nueve años cuando Dios le anuncia que tendrá un hijo de Sara y le pide que se circuncide (Gn 17,1). Tiene exactamente cien años cuando nace Isaac (Gn 21,5); este nacimiento se produce, por tanto, veinticinco años después de la llegada a la tierra prometida. El patriarca muere a la edad de ciento setenta y cinco años (Gn 25,7), cien después de haber dejado su patria para venir a instalarse a la tierra de Canaán. La unidad de base es cien, con sus subdivisiones veinticinco o diez, y la mayor parte de las fechas importantes del relato son “cifras redondas”<sup>5</sup>. Todo esto es, sin ninguna duda, intencionado y tiene como finalidad

<sup>4</sup> José tiene diecisiete años al comienzo de su historia (Gn 37,2) y treinta cuando se convierte en gran visir de Egipto (41,46). Vuelve a ver a sus hermanos y se reconcilia con ellos después de siete años de abundancia y alrededor de dos años de hambruna. Por tanto, tenía en torno a treinta y nueve o cuarenta años cuando volvió a ver a su padre y a sus hermanos.

<sup>5</sup> Esta cronología es atribuida por los exégetas al escritor sacerdotal que escribió al final del exilio o al comienzo del regreso a la tierra prometida (por tanto, un poco antes o justo después del 538 a. C.). Es más que probable que el escritor sacerdotal estuviera influido por la cultura mesopotámica, que había desarrollado la ciencia matemática y era también muy aficionada a las fechas y a las cifras. Sobre la edad de Abrahán y de Sara, *cf.* Gn 18,11.

subrayar la importancia de los acontecimientos más significativos de la vida de Abrahán.

## Una biografía agitada

A esta primera paradoja de una aventura emprendida a una edad avanzada se añade una segunda. En efecto, la inesperada orden que Dios da en Gn 12,1-3 no es más que la primera de una serie de otras sorpresas semejantes. El itinerario del patriarca está lejos de ser un desplazamiento sin dificultades desde un lugar de descanso hacia otro también confortable. La “biografía” de Abrahán, a partir de Gn 12,1-3, es casi tan agitada como las de héroes mucho más jóvenes, como por ejemplo Jacob o David. Así, Abrahán debe vivir en el ocaso de la vida una serie de experiencias o pruebas que son mucho más propias de la juventud. Esto se verifica en dos ámbitos importantes: el anciano Abrahán debe buscar una tierra (nosotros diríamos hoy que busca una situación) y necesita encontrar un heredero, pues no tiene descendencia (Gn 11,30).

Ya hemos mencionado la búsqueda de la tierra (*cf.* Gn 12,1). Dios confirma en dos ocasiones a Abrahán que la “tierra prometida” es la tierra de Canaán. Lo hace la primera vez cuando Abrahán, tras haber abandonado Jarán, llega a Siquén: “A tu descendencia le daré esta tierra”, le dice el Señor en una aparición (12,7). La segunda vez, Dios repite a Abrahán que la tierra prometida es la tierra de Canaán, después de toda una serie de peripecias que han conducido al patriarca a través del Négueb hasta Egipto (12,9-10). Al regreso, Abrahán y Lot se separan (13,5-13). Lot elige ir a vivir al valle del Jordán (13,10-11), mientras que Abrahán se establece en la tierra de Canaán. En este momento es cuando Dios “hace ver” a Abrahán la tierra de Canaán, para prometérsela a él y a su descendencia (13,14-17; *cf.* 12,1). Después, Abrahán irá a establecerse a Hebrón (13,18).

Abrahán, pues, no ha encontrado la tierra sin dificultades. Además, la tierra a la que Dios le conduce no está “libre”, ya que se encuentra ocupada por los cananeos (12,6); así pues, Abrahán

no puede tomar posesión de ella inmediatamente. Serán sus descendientes los que, mucho más tarde, podrán considerar esta tierra como verdaderamente suya (12,7; 13,15; 15,7.16.18). El texto bíblico no dice nada sobre la reacción de Abrahán ante esta situación de hecho, pero el lector puede comprender fácilmente la gravedad de la situación: el antepasado de Israel cambia su propia tierra no por otra, sino por la “promesa” de una tierra, y debe vivir aislado en medio de poblaciones extranjeras. ¿Quién puede decir que no ha perdido nada en el cambio?

Si la búsqueda de la tierra no ha sido tranquila, ciertamente la pregunta por el heredero no es más sencilla. También en esto el itinerario de Abrahán es atípico: un anciano como él normalmente ha resuelto todos estos problemas desde hace tiempo. Ahora bien, la cuestión del heredero es uno de los temas que ocupa más lugar en el “ciclo de Abrahán” (Gn 12-25), ya que el hijo esperado, Isaac, no nacerá hasta el capítulo 21.

Antes de que suceda esto, ha sido preciso descartar varios candidatos: Lot, el sobrino que acompaña a Abrahán en su viaje desde Ur de Caldea primero hasta Jarán y después hasta Canaán (11,31; 12,4-5). Cuando Lot elige ir a vivir al valle del Jordán, pierde por ese mismo hecho el derecho a heredarle (13,10-12.14-17). El propio Dios descarta la posibilidad de que el siervo de Abrahán, Eliézer, pueda ocupar el lugar de un heredero directo (15,2-4). Más tarde, Sara busca una solución al proponer a Abrahán que tome a Agar como esposa adicional (16,2). Según el derecho de la época, el hijo de Agar, sierva de Sara, debía ser considerado como hijo de Abrahán y Sara. Pero el intento fracasa, y el hijo de Agar, Ismael, no puede ser considerado como heredero (Gn 16,1-16) y será expulsado definitivamente junto con su madre después del nacimiento de Isaac (21,8-21). El único heredero verdadero será Isaac, cuyo nacimiento es anunciado varias veces (15,4; 17,16; 18,10.14), y que finalmente nace después de una larga espera (21,1-7)<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Sobre este punto, cf. L. R. Helyer, “The Separation of Abram and Lot”: *JSOT* 26 (1983), pp. 77-88.

En el relato siguiente, Dios pide al patriarca que le sacrifique a su hijo Isaac (22,1-19). La petición divina es absolutamente incomprensible en este contexto. Abrahán ha dejado todo para encontrar un país ya ocupado y que no podrá ser “dado” definitivamente más que a sus descendientes. Ahora bien, vemos que, finalmente, Abrahán acaba de tener un descendiente, y Dios le pide que le ofrezca este hijo en holocausto (22,2). Esta vez parece que Abrahán es obligado a entrar en la noche profunda del olvido definitivo. No le queda nada. Después de haber roto con su pasado, le queda despedirse de su futuro<sup>7</sup>. En efecto, para el mundo del Antiguo Testamento, morir sin descendientes significa morir dos veces, es decir, morir sin dejar huella.

Como sabemos, no se trata más que de una prueba que el patriarca supera con éxito (22,1). Sin embargo, hay que subrayar el carácter dramático de este relato, que pone todo en cuestión cuando el patriarca parecía llegar al final de sus tribulaciones.

Los acontecimientos no han perdonado a Abrahán. Es lo menos que se puede decir. Pero ¿cómo ha reaccionado éste a cada uno de los momentos cruciales de este itinerario en forma de dientes de sierra? La respuesta a esta nueva pregunta también está llena de matices, como cabía esperar de ella. Permitirá descubrir además otras paradojas que otorgan un carácter único a la figura del antepasado de Israel.

## La audaz y heroica docilidad de Abrahán

En algunos momentos, Abrahán expresa su sorpresa e incluso cierta reserva ante las inesperadas intervenciones de Dios. Se pregunta cómo puede prometer una herencia a un viejo sin descendientes (Gn 15,2-3). Cuando Dios le promete una tierra,

<sup>7</sup> Cf. Th. Römer, “Qui est Abraham? Les différentes figures du patriarche dans la Bible hébraïque”, en *id.* (ed.), *Abraham. Nouvelle jeunesse d'un ancêtre*, Ginebra 1997, p. 17. El vínculo entre Gn 12,1 y Gn 22,1-19 está subrayado por el hecho de que en ambos casos la orden divina contiene un número de expresiones idénticas: “Vete a la tierra que yo te indicaré” (Gn 12,1) y “Ve (...) y ofrécemelo allí en holocausto, en un monte que yo te indicaré” (Gn 22,2).

pide un signo (15,7). Y cuando el propio Dios se le aparece para anunciarle que Sara le dará un hijo, el patriarca se echa a reír: “¿Puede un hombre de cien años tener un hijo, y Sara ser madre a los noventa?” (169,17)<sup>8</sup>.

Sin embargo, se trata de excepciones. En la mayor parte de los casos, Abrahán se muestra dócil y obedece sin titubear las órdenes divinas. En una ocasión al menos expresa su fe en las promesas divinas a pesar de las dudas que le asaltan (Gn 15,6; *cf.* 15,2-3). La docilidad del patriarca aparece de forma más clara todavía en los dos acontecimientos más dramáticos de su existencia: la partida de Gn 12,1-4 y la prueba de Gn 22,1-19.

En otros casos, menos conocidos, Abrahán también se muestra dócil y flexible. Se hace circuncidar, él y toda su familia, cuando Dios se lo pide (17,23-27). Obedeciendo el deseo de Sara y siguiendo el consejo que le da Dios, expulsa a Ismael junto con su madre, Agar, aunque está apegado a este hijo nacido de una sierva extranjera (21,11-14).

El texto bíblico insiste en algunas ocasiones en esta docilidad de Abrahán haciendo de ella incluso un modelo para las futuras generaciones. En consecuencia, no hay que extrañarse si Abrahán se convierte también en un ejemplo para aquellos que, más tarde, harán de la enseñanza y de la observancia de la Ley uno de los puntos capitales de la identidad de Israel. “[Abrahán] observó la Ley del Altísimo”, dirá el Sirácida (Eclo 44,20). Algunos textos del Génesis, frecuentemente tardíos, también ven en Abrahán al precursor del judío piadoso (Gn 18,18-19; 26,5; *cf.* 22,15-18). Gn 18,18-19 es bastante característico a este respecto: “[El Señor se decía:] Él se convertirá en un pueblo grande y fuerte, y por él serán bendecidas todas las naciones de

<sup>8</sup> En el contexto, esta risa expresa la incredulidad (*cf.* la risa de Sara en idénticas circunstancias en Gn 18,12). Sin embargo, la tradición rabínica ha interpretado esta reacción como un signo de alegría: Abrahán se regocija por la noticia del nacimiento de un hijo. Jn 8,56 retoma esta tradición cuando dice Jesús: “Abrahán, vuestro padre, se alegró sólo con el pensamiento de que iba a ver mi día”. Para el evangelio de Juan, Jesús es el hijo prometido a Abrahán, es este Isaac tan esperado que ha provocado la alegría de Abrahán.



la tierra, porque le he escogido para que enseñe a sus hijos y a su familia a mantenerse en el camino del Señor, haciendo lo que es justo y recto; para que, de este modo, el Señor cumpla a Abrahán todo lo que le ha prometido”. Este primer texto hace de Abrahán un “maestro de la Ley”, una especie de rabi-no anticipado y, sobre todo, un “Moisés anterior a Moisés”. En efecto, ¿cómo puede Abrahán prescribir a sus hijos la observancia de una ley que sólo será proclamada mucho más tarde? El texto anticipa ampliamente los acontecimientos del libro del Éxodo.

El segundo texto también es muy claro con respecto a la función del antepasado de Israel: “[El Señor dijo a Isaac:] Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y te daré todas estas tierras, y todas las naciones de la tierra recibirán la bendición a través de tu descendencia, porque Abrahán me obedeció y guardó mis preceptos y mandamientos, mis normas y leyes” (26,4-5). Esta vez, Abrahán no enseña la Ley, sino que la observa fielmente. El antepasado de Israel es, por tanto, el primero en constituirse en un modelo que será sobre todo el del Deuteronomio y el de la espiritualidad que se inspira en él. Además, el texto liga el cumplimiento de las promesas a la fidelidad de Abrahán: puesto que Abrahán ha observado la Ley, las promesas serán cumplidas a favor de Isaac y de su descendencia. Si Gn 15,6 hacía de Abrahán el primer “justo por la fe”, Gn 26,4-5 lo hace más bien el primer “justificador por las obras”. En efecto, según este texto, la fidelidad de Abrahán es una garantía para todas las generaciones futuras<sup>9</sup>.

Otros relatos hacen de Abrahán un precursor en los grandes terrenos de la vida religiosa de su pueblo, especialmente del pueblo de la época postexílica. Como hemos visto, se hace circuncidar él y toda su familia (Gn 17,23-27). Paga el diezmo a Melquisedec, rey y sumo sacerdote de Salem, que representa al futuro sacerdocio de Jerusalén (14,20b). Ofrece sacrificios según

<sup>9</sup> Gn 22,15-18 va en el mismo sentido: Dios cumplirá las promesas porque Abrahán aceptó sacrificar a su hijo.

las reglas prescritas por la legislación más tardía (15,9)<sup>10</sup>. Hará todo lo posible para que su hijo se case con una mujer de su parentela y no con una extranjera (Gn 24)<sup>11</sup>. Un detalle mínimo de Gn 18 muestra de qué manera la tradición bíblica ha querido subrayar este aspecto. Cuando el patriarca recibe a sus tres visitantes en el encinar de Mambré (Gn 18,1-15), quiere ofrecerles una comida regia. Para hacerlo, pide a Sara que amase harina para preparar tortas (18,6). El texto de la Biblia hebrea emplea dos palabras para designar la harina. La primera (*qemah*), la más conocida, se refiere a la harina común. La segunda (*sōlet*), muy probablemente añadida por un redactor, designa la harina utilizada en el culto. En alguna medida se trata de una nota explicativa cuyo sentido es bastante claro. El redactor que ha añadido esta segunda palabra quería mostrar que, en la preparación de la comida, Abrahán quiso utilizar la harina reservada a Dios en el culto. Por tanto, habría reconocido en sus visitantes la presencia del propio Dios (*cf.* 18,1.13)<sup>12</sup>.

Sin embargo, hay que reconocer que la docilidad y la obediencia de Abrahán no siempre tienen el mismo colorido. Hay una considerable distancia entre la observancia atenta de ciertas prescripciones de la Ley y la audacia necesaria para dejar su patria y todas sus seguridades (Gn 12,1-4) o el valor desesperado que hay que mostrar para sacrificar al propio hijo. A esto podemos añadir el episodio menos conocido de la expulsión de Agar y de Ismael (Gn 21,8-21), que nos muestra a un Abrahán desgarrado entre el afecto sincero por su hijo y la obligación de adoptar la conducta que le dictan Sara y el propio Dios. En estos

<sup>10</sup> *Cf.*, por ejemplo, las prescripciones sobre la ofrenda de los pájaros en Lv 1,14-17: los pájaros no deben ser partidos en dos (Gn 15,10; Lv 1,17). Abrahán ofrece animales que normalmente son prescritos para los sacrificios, salvo la novilla, que, sin embargo, alude a una ley bastante particular de Dt 21 (sacrificio de expiación por un homicidio anónimo).

<sup>11</sup> *Cf.* las prescripciones de Dt 7,3-4.

<sup>12</sup> *Cf.* J.-L. Ska, *Introduction à la lecture du Pentateuque. Clés pour l'interprétation des cinq premiers livres de la Bible*, Bruselas 2000, p. 245; traducción española: *Introducción a la lectura del Pentateuco. Claves para la interpretación de los primeros cinco libros de la Biblia*, Verbo Divino, Estella 2001.

dos últimos casos, por otra parte excepcionales, en que Abrahán debe separarse de su hijo, no es solamente dócil, sino que se muestra heroico. Y cuando Dios le pide que deje todo y que parta con setenta y cinco años, su docilidad se une a una intrépida audacia. Aquí la figura de Abrahán incluso está construida mediante contrastes poco comunes.

## Abrahán, el viejo y el sabio

Abrahán es presentado, pues, como un modelo a seguir. En este contexto, el hecho de ser anciano contribuye enormemente al prestigio del patriarca. En la Biblia, el viejo es un hombre respetado y rara vez discutido: “¡Qué bien sienta el juicio a las canas, a los viejos saber dar consejos! ¡Qué bien sienta la sabiduría a los ancianos, y a los grandes la reflexión y el consejo! Una rica experiencia es la corona de los viejos, y su gloria, el temor del Señor”, dirá el Sirácida (Eclo 25,4-6)<sup>13</sup>. Esta opinión, ampliamente extendida, se aplica sin ninguna duda a la figura de Abrahán tal como es presentada por los textos del Génesis que acabamos de citar.

Otros personajes más jóvenes, como Jacob, José o David, difícilmente pueden gozar de un prestigio semejante. Ciertamente, José es presentado de forma explícita como un “sabio”, escuchado incluso por el faraón de Egipto (Gn 41,33.38-39)<sup>14</sup>, pero se trata de una excepción a la regla, que exige que un rey escuche más a los ancianos que a los jóvenes. Roboán preferirá hacer al contrario, y será una mala idea (1 Re 12,6-15). El sucesor de Salomón rechazará cualquier compromiso con las tribus del

<sup>13</sup> Texto bíblico de *La Biblia*, de La Casa de la Biblia, Madrid-Salamanca-Estella 1993.

<sup>14</sup> Es la tesis bien conocida de G. von Rad, “Josephsgeschichte und ältere Chockma”, en *Congress Volume. Copenhagen 1953*. VTS 1, Leiden 1953, pp. 120-127 = *Gesammelte Studien zum Alten Testament*, Tübingen 8, München 1958, pp. 272-280; traducción española: “La historia de José y la antigua hokma”, en *Estudios sobre el Antiguo Testamento*, Salamanca 1982, pp. 255-262. La tesis ha sido discutida en diversos aspectos, pero sigue siendo válida sobre todo por lo que respecta al retrato de José como un ministro ideal al servicio del faraón.

Norte, según el consejo de los jóvenes y contrariamente a la advertencia de los ancianos, y provocará así la rebelión de esas tribus. La sabiduría es, por tanto, privativa de la ancianidad más que de la juventud<sup>15</sup>. Así pues, José constituye una excepción, y el relato del Génesis no deja de subrayarlo. El Antiguo Testamento dirá lo mismo de Daniel y de sus compañeros (*cf.* Dn 1,4.17.20).

En cuanto a Abrahán, es un “anciano” que servirá de provecho a las generaciones futuras con su experiencia y su ejemplo. Pero también es un modelo para los de menos edad, porque emprende muy tarde una aventura, que normalmente es lo propio de la juventud. Destruye los puentes con el pasado y hace una apuesta por el futuro: un gesto audaz que sólo puede hacerle simpático.

## Abrahán y Ulises, Israel y Grecia

Las diferentes paradojas de la figura de Abrahán se inscriben a fin de cuentas en la fe de Israel, y ésta es sin duda la razón por la cual el patriarca se ha convertido en su símbolo más elocuente. Israel no nació de una gran proeza o de un milagro extraordinario. No es el fruto de una gran empresa humana o el resultado de un largo combate librado con éxito. Nació de un acto de fe incondicional basado en una promesa también incondicional. Se trata de una especie de “salto en el vacío”, de una apuesta en la que nadie puede adivinar su resultado final. Israel se ha reconocido en este antepasado que vivió antes que él todos los riesgos que él ha tenido que revivir en épocas turbulentas de su existencia, especialmente cuando el futuro resultaba incierto. Sin duda, esto es lo que ocurrió durante el exilio, y quizá aún

<sup>15</sup> Esto no hace más que subrayar el valor excepcional de la sabiduría de José. Otra excepción es Daniel. En el libro de Job, Elihú discute este principio al afirmar que la sabiduría no es el privilegio de los viejos (32,9), pero esta reacción es aislada y se explica en gran medida por el contexto: Elihú critica el alegato de los amigos de Job, que juzga insuficiente. La opinión común está afirmada varias veces en otros lugares en el libro de Job (8,8-10; 12,12; 15,10.18).

más después del exilio, cuando la euforia del primer regreso dio lugar a la desilusión. Israel no encontró su independencia, la monarquía davídica no fue restaurada y surgieron numerosos conflictos entre los diferentes grupos que vivían en el país<sup>16</sup>. Se precisaba una fe semejante a la de Abrahán para creer que Israel todavía tenía un futuro en su tierra.

En este punto, el ideal de Israel se distingue bastante claramente del de Grecia. En la gran epopeya de *La Odisea*, la meta última del héroe es volver a su patria y encontrarse de nuevo con su esposa y su familia. Por tanto, el ideal es el del “regreso” a un mundo conocido, el que le pertenece por derecho, porque el héroe es su propietario y su soberano legítimo. Allí está “en su casa”. Para Homero, la parábola de la existencia es un largo itinerario, sembrado de pruebas y dificultades, pero esta parábola lleva al punto de partida. El que regresa es una personalidad madura, enriquecida por una larga experiencia y que por fin se “ha encontrado a sí mismo”. El ideal de Sócrates es “conocerse a sí mismo”, según el famoso oráculo de Delfos. En la perspectiva griega, la finalidad última de la aventura humana es el “regreso a la propia casa” después de un largo exilio.

Si para Grecia la vocación humana es la del “regreso” al yo auténtico, la Biblia en general y la figura de Abrahán en particular proponen una imagen muy diferente de la condición humana, la de la “partida sin retorno”. La verdadera vida está más allá del mundo conocido, y el precio de la existencia auténtica es elevado, puesto que implica el riesgo de perderlo todo sin saber lo que se podrá “encontrar” al final de la aventura. Ulises regresa a casa y se vuelve a encontrar con su padre, Laertes; Abrahán abandona a su padre y se marcha lejos de su casa, definitivamente. Ulises se vuelve a encontrar con su hijo Telémaco; Abrahán es invitado a sacrificar a su hijo. Ulises vuelve para librar a la fiel Penélope de los pretendientes que quieren casarse con ella; Abrahán va hacia un destino desconocido con una

<sup>16</sup> Sobre este periodo, cf. P. Sacchi, *Storia del Secondo Tempio. Israele tra VI secolo a. C. e I secolo d. C.*, Turín 1994.

esposa estéril que no le ha asegurado descendencia. A la “odisea” de Ulises se opone el “éxodo” de Abrahán: “Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los caldeos para darte esta tierra en posesión” (Gn 15,7)<sup>17</sup>. Ulises encuentra su identidad en el mundo de lo “mismo”, mientras que Abrahán va a buscarla a “otra parte”, en el universo del “otro”.

Sin embargo, no deberíamos llevar la oposición demasiado lejos. En efecto, tanto por una parte como por otra, la aventura humana es un largo itinerario. Lo importante es ponerse en camino. Ulises y Abrahán han tenido esa experiencia, cada uno a su manera. Pero el hecho de que Abrahán parta para jamás volver permite palpar también la singularidad de la fe bíblica, y, por tanto, no hay que extrañarse de que esta singularidad aparezca ya como una de las características principales del “padre de los creyentes”<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> La fórmula remite intencionadamente a la que describe el éxodo del pueblo de Israel: “Yo soy el Señor, tu Dios, el que te sacó de Egipto” (Ex 20,2). Abrahán es una vez más un precursor, ya que su “éxodo” precede al del pueblo del que es el antepasado.

<sup>18</sup> Para más detalles, *cf.*, entre otros, R. Martin-Achard, *Actualité d'Abraham*, Bibliothèque Théologique, Neuchâtel-Paris 1969; W. Vogels, *Abraham et sa légende. Genèse 12,1-25,11*, Lire la Bible 110, Paris 1996; traducción española: *Abraham y su leyenda. Génesis 12,1-25,11*, Bilbao 1997. Para las cuestiones críticas relativas al texto bíblico de Gn 12-25, *cf.* J.-L. Ska, *Introduction*, pp. 291-292; *id.*, “Essai sur la nature et la signification du cycle d'Abraham”, en A. Wénin (ed.), *Studies in the Book of Genesis. Literature, Redaction and History*, BETL 155, Lovaina 2001, pp. 153-177; Th. Römer, “Recherches actuelles sur le cycle d'Abraham”, en A. Wénin (ed.), *Studies in the Book of Genesis*, pp. 179-211.

## *Capítulo segundo*

# **Abrahán en la tradición judía o el modelo de los creyentes**

La figura de Abrahán es común para las tres grandes religiones monoteístas, el judaísmo, el islam y el cristianismo. Estas tres religiones le conceden igualmente una función que está lejos de ser periférica, puesto que Abrahán es reconocido como su antepasado común. Ciertamente, el patriarca no es de ninguna manera el “fundador” de estas tradiciones religiosas. Desde este punto de vista, la personalidad que ha dado al judaísmo su fisonomía propia es Moisés; para el islam, se trata de Mahoma, y para el cristianismo, de Jesucristo.

Por lo que respecta a Abrahán, es como una fuente única de estas tres corrientes, cada una de las cuales toma después una dirección diferente bajo el impulso de su “fundador” o “iniciador”.

Si Moisés, Mahoma y Jesús están en el origen de los rasgos distintivos de cada una de las tres religiones monoteístas, Abrahán es el guardián de su memoria común. Por emplear una imagen bíblica, Abrahán puede recibir en su mesa a estas tres religiones como a los tres huéspedes que vinieron a visitarle para anunciarle el nacimiento de un hijo (Gn 18,2.16). Por tanto, vale la pena preguntarse cómo ha visto a su común antepasado cada una de estas diferentes tradiciones religiosas. Este capítulo está dedicado a la tradición judía, que, por razones evidentes, concede un lugar único a su antepasado, convertido después de acontecimientos posteriores en el padre de otras dos religiones monoteístas.

## El retrato de Abrahán en el judaísmo antiguo

La tradición judía es, como puede esperarse de ella, la heredera directa de la tradición bíblica<sup>19</sup>. Sin embargo, subraya algunos de sus aspectos particulares silenciando o reescribiendo otros episodios menos gloriosos.

Por otra parte, la tradición judía, siguiendo la propensión de toda tradición narrativa, ha querido “completar” el retrato bíblico de Abrahán. Ha introducido especialmente una serie de relatos sobre los años que preceden a la “vocación” del patriarca a la edad de setenta y cinco años (Gn 12,1-4), ya que la Biblia no dice prácticamente nada sobre esta parte de su vida<sup>20</sup>. Además, la tradición judía hace pronunciar al antepasado de Israel una serie de discursos justo antes de su muerte, según el género literario bien conocido del “testamento”<sup>21</sup>.

La tradición judía es muy rica y, evidentemente, resulta imposible resumirla en pocas páginas. Sin embargo, es posible discernir tres tendencias principales dentro de las diferentes corrientes

<sup>19</sup> Para más detalles, cf. R. Martin-Achard, *Actualité d'Abraham*, pp. 112-136, que hemos consultado ampliamente para la redacción de este estudio. Cf. también K.-J. Kuschel, *Streit um Abraham. Was Juden, Christen und Muslime trennt – und was sie eint*, Múnich 1994; traducción inglesa (que es la que citaremos): *Abraham: A Symbol of Hope for Jews, Christians and Muslims*, Londres 1995, pp. 3-68. El libro existe también en traducción italiana: *La controversia su Abramo: Ciò che divide – e ciò che unisce ebrei, cristiani e musulmani*, Brescia 1996, y española: *Discordia en la casa de Abrahán. Lo que separa y lo que une a judíos, cristianos y musulmanes*, Verbo Divino, Estella 1996.

<sup>20</sup> La infancia de Abrahán es el tema, entre otros, del *Apocalipsis de Abrahán*, texto apócrifo que data de finales del siglo I o comienzos del II d. C. Para el texto, cf. B. Philonenko-Sayar – M. Philonenko, “Apocalypse d'Abraham”, en A. Dupont-Sommer – M. Philonenko (eds.), *La Bible. Écrits intertestamentaires*, París 1987, pp. 1691-1730.

<sup>21</sup> Basta con recordar que el libro del Deuteronomio contiene cuatro “discursos de despedida” de Moisés pronunciados el último día de su vida (cf. Dt 1,1-3). Para Jacob, cf. Gn 48-49; para David, cf. 2 Sam 23,1-7; en el Nuevo Testamento, cf. los “discursos de despedida” de Jesús en Jn 13-16. Los “discursos de despedida” de Abrahán son objeto del libro apócrifo titulado precisamente *Testamento de Abrahán* (siglo I d. C.). Para el texto, cf. F. Schmidt, “Testament d'Abraham”, en *La Bible, Écrits intertestamentaires*, pp. 1647-1690; L. Vegas Montaner, “Testamento de Abrahán”, en A. Díez Macho (ed.), *Apócrifos del Antiguo Testamento, V. Testamentos o discursos de adiós*, Madrid 1987, pp. 441-527.



de esta tradición: Abrahán conoció y observó fielmente la Ley mucho antes de que Moisés la hubiera proclamado<sup>22</sup>; asegura y “garantiza” la salvación de todos sus descendientes porque ha “merecido” la bendición para ellos en las pruebas que sufrió y superó<sup>23</sup>; es el padre de los creyentes, pero también el primer misionero de la fe en un Dios único, y, por este hecho, se convierte en el primer verdadero benefactor de la humanidad. Sin embargo, la tradición judía trata de exaltar sobre todo en la figura de Abrahán los aspectos que hacen de él un precursor y un modelo para los judíos piadosos de todas las épocas siguientes. Es lo que resulta claramente de una lectura de los textos, tanto de los más antiguos como de los más recientes.

## El Sirácida: las primeras interpretaciones de la figura de Abrahán

El libro del Sirácida, que forma parte de los libros deutero-canónicos de la Biblia católica o de los apócrifos para los protestantes, permite captar del natural el paso de la Escritura a la “tradición”, en el sentido amplio del término. En efecto, este libro, que fue redactado hacia el año 180 antes de nuestra era<sup>24</sup>, ofrece una primera interpretación de la figura de Abrahán en la parte de su obra comúnmente llamada “elogio de los antepasados”, título que se inspira en Eclo 44,1: “Hagamos el elo-

<sup>22</sup> El texto bíblico sobre el que se apoya esta tradición es Gn 26,5: “Abrahán me obedeció y guardó mis preceptos y mandamientos, mis normas y leyes”.

<sup>23</sup> Cf. el texto bíblico de Gn 22,15-18, un oráculo de Dios que sigue a la prueba de Abrahán o “sacrificio de Isaac” (Gn 22,1-14): “El ángel del Señor volvió a llamar desde el cielo a Abrahán, y le dijo: Juro por mí mismo, palabra del Señor, que por haber hecho esto y no haberme negado a tu único hijo, te colmaré de bendiciones y multiplicaré inmensamente tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena de las playas. Tus descendientes conquistarán las ciudades de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra alcanzarán la bendición a través de tu descendencia, porque me has obedecido”. Este texto establece una relación de causa-efecto entre la obediencia de Abrahán y el cumplimiento de las promesas: porque Abrahán obedece, Dios se compromete a bendecir al patriarca y a darle una descendencia numerosa.

<sup>24</sup> Para más detalles, cf., entre otros, M. Gilbert, “Siracide”, en *Dictionnaire de la Bible. Supplément* XII, París, cols. 1389-1437.

gio de los hombres ilustres, de nuestros antepasados por [el orden de sus] generaciones”. Estos retratos de los antepasados (Eclo 44-50) proponen las grandes figuras del pasado a la admiración de las generaciones futuras. La semblanza de Abrahán permite ilustrar, por otro lado, la técnica empleada por el Sirácida para lograr su finalidad<sup>25</sup>. Merece la pena citar el texto completo (Eclo 44,19-21)<sup>26</sup>:

<sup>19</sup>Abrahán fue ilustre padre de muchos pueblos, y no hubo quien lo superara. <sup>20</sup>Observó la ley del Altísimo e hizo alianza con él; en su carne selló esta alianza, y en la prueba se mostró fiel. <sup>21</sup>Por eso Dios le prometió con juramento bendecir a las naciones por su descendencia, multiplicarlo como el polvo de la tierra, exaltar como las estrellas su linaje y darle la tierra en herencia de un mar a otro, desde el Éufrates hasta los confines de la tierra.

Este resumen de la historia de Abrahán tiene tres características principales que, por otro lado, se encontrarán muy frecuentemente en la tradición judía posterior: en primer lugar, el Sirácida selecciona, después simplifica y unifica, y, por último, pretende más bien edificar que narrar. La primera característica es también la más evidente: el Sirácida ha escogido con cuidado cierto número de episodios para componer su texto y ha dejado de lado otros. Los principales textos del Génesis que se han tenido en cuenta son los capítulos 17 (“Abrahán, padre de muchos pueblos”, cf. Gn 17,4-6 y Eclo 44,19; la alianza de la circuncisión, Gn 17,10.24 y Eclo 44,20a) y 22,1-19 (el “sacrificio de Isaac”; cf. Eclo 44,20b). Además, el Sirácida menciona la promesa de una numerosa descendencia con una formulación que se encuentra en Gn 13,16 (el polvo de la tierra) y 15,5 (las estrellas del cielo). El texto contiene también alusiones a la promesa de la tierra (Gn 15,18 y Eclo 44,21c), a la bendición de los pueblos que tendrá lugar mediante Abrahán (Gn 12,3; 18,18; 22,18, y Eclo 44,21a) y a la fiel observancia de la Ley por parte del patriarca (Gn 26,5 y Eclo 44,20).

<sup>25</sup> Cf., entre otros, K.-J. Kuschel, *Abraham*, pp. 31-33.

<sup>26</sup> La versión es la del texto bíblico de *La Biblia* de La Casa de la Biblia, Madrid-Salamanca-Estella 1993.

La selección llevada a cabo por el Sirácida es bastante significativa. Retoma el gran texto sacerdotal de la alianza unilateral de Dios con Abrahán, texto que habla también de la circuncisión (Gn 17). Este texto es fundamental para el judaísmo postexílico del Sirácida, que quiere afirmar su identidad ante la cultura helenística dominante. Alianza y circuncisión son dos elementos esenciales para mantener esta identidad. Antíoco IV Epífanes (175-164 a. C.), por ejemplo, prohibirá la circuncisión (1 Mac 1,48; *cf.* 1,60-61; 2 Mac 6,10).

El otro texto mantenido por el Sirácida es el de la prueba de Abrahán (Gn 22,1-19), que sin ninguna duda es citado para animar a todos los judíos a permanecer fieles en la adversidad. El Sirácida habla también de la fidelidad a la Ley (44,20), otro tema muy actual durante este periodo de helenización. Por último, habla de las promesas, porque éstas describen el verdadero futuro del pueblo, que es invitado a no escuchar las falsas promesas de los helenizantes.

La imagen de Abrahán ofrecida por el Sirácida es, igualmente, más unificada y simplificada que la del Génesis. El Abrahán del Sirácida no conoce ni la duda ni la vacilación, y no comete ningún error. Las zonas de sombra han desaparecido para dejar lugar a una figura luminosa y unívoca. Abrahán ya no se plantea preguntas, no se encuentra ante situaciones inextricables ni debe buscar a tientas el significado de las promesas divinas. Su itinerario es perfectamente lineal, sin desvíos ni retrocesos. El Sirácida no menciona ni siquiera la migración del patriarca. El retrato de Abrahán es ciertamente más límpido, pero quizá ha perdido en profundidad.

Por último, la finalidad del Sirácida es bastante evidente: trata de mostrar que el patriarca es un verdadero precursor del judaísmo de su tiempo. Como dice K.-J. Kuschel, el patriarca se convierte, en la pluma del Sirácida, en un autorretrato del judaísmo de la época de los seléucidas. Por esa razón, el Sirácida no “cuenta” ningún episodio. Utiliza el relato, lo transforma y lo reorganiza para sus propios fines, que son edificar una comunidad tentada de adoptar una cultura extranjera. Por otra parte,

hay que subrayar que Abrahán obtiene el cumplimiento de las promesas por su fidelidad a la Ley y por su constancia en la prueba. El “por eso” del versículo 21 es altamente significativo a este respecto<sup>27</sup>. Esta tendencia del Sirácida se encuentra en un texto del primer libro de los Macabeos (2,52), donde Matatías, el padre de los Macabeos, exhorta a sus hijos en su lecho de muerte a permanecer fieles a la fe de sus antepasados citándoles a Abrahán como ejemplo: “¿No demostró Abrahán su fidelidad en la prueba, y el Señor se lo anotó en su haber?”. El texto combina Gn 22,1-19 (cf. 22,1) y 15,6, donde es la fe de Abrahán la que se le cuenta en su haber (lit. “como justicia”). Para el libro de los Macabeos, la justicia de Abrahán es, por el contrario, el fruto de su obediencia y de su fidelidad en la prueba. La finalidad homilética y hagiográfica de este texto es bastante evidente. Otros textos confirmarán esta tendencia.

## El Apócrifo del Génesis en Qumrán<sup>28</sup>

Un episodio particularmente interesante de este escrito encontrado en Qumrán es el de la estancia de Abrahán en Egipto. El relato bíblico (Gn 12,10-20) ha sido “revisado y corregido” para suprimir de él todos los aspectos poco edificantes o incluso cho-

<sup>27</sup> Esta expresión griega (*dià toúto*) tiene un equivalente en el texto hebreo de Gn 22,16-17: “[...] por haber hecho esto y no haberme negado a tu único hijo, te colmaré de bendiciones [...]”, y de Gn 26,4-5, cuando Dios dice a Isaac: “Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo [...] porque Abrahán me obedeció y guardó mis preceptos y mandamientos, mis normas y leyes”. También aquí el cumplimiento de la promesa se obtiene gracias al comportamiento de Abrahán. El judaísmo posterior no hace más que desarrollar esta línea del texto bíblico. Estos textos son juzgados tardíos por la investigación actual.

<sup>28</sup> Para el texto, cf. N. Avigad – Y. Yadin, *A Genesis Apocryphon. A Scroll from the Wilderness of Judea. Description and Contents of the Scroll Facsimiles, Transcription and Translation of Columns II, XIX-XXII*, Jerusalén 1956; J. Fitzmyer, *The Genesis Apocryphon of Qumran Cave I. A Commentary*, Biblica et Orientalia 18a, Roma <sup>2</sup>1971; J. Carmignac – É. Cothenet – H. Lignée (eds.), *Les textes de Qumran traduits et annotés*, II, Autour de la Bible, París 1963, pp. 207-242; A. Dupont-Sommer, “L’apocryphe de la Genèse”, en *La Bible. Écrits intertestamentaires*, pp. 383-399; F. García Martínez (ed.), *Textos de Qumrán*, Madrid, <sup>3</sup>2000, pp. 280-287; cf. también R. Martin-Achard, *Actualité*, pp. 115-118.

cantes y hacer de Abrahán un personaje impecable. Así, no es el patriarca el que propone por propia iniciativa a su esposa hacerse pasar por su hermana; al contrario, es después de un sueño cuando Abrahán comprende qué estrategia le sugiere el propio Dios que adopte cuando llegue a Egipto. A continuación, siempre según el texto de Qumrán, los egipcios quedan deslumbrados no solamente por la belleza, sino también por la sabiduría de Sara.

En el relato bíblico, Abrahán no rechista cuando Sara es tomada para el faraón. En el relato qumránico, por el contrario, llora con lágrimas amargas.

Dios castiga entonces con la peste al faraón y a toda su casa (*cf.* Gn 12,17; 20,18), de modo que el rey de Egipto se encuentra con la incapacidad de acercarse a Sara, un elemento que se encuentra en Gn 20,4.6.18, relato paralelo al de Gn 12,10-20. Los médicos y magos del faraón son llamados a su cabecera, pero se muestran incapaces de curarlo. El motivo de la incapacidad de los sabios extranjeros, médicos, adivinos o encantadores es común en varios textos bíblicos. Lo encontramos en la historia de José (Gn 41,8), en el relato de las plagas de Egipto (*cf.* Ex 9,11 e incluso 7,11-12; 8,14) y en la historia de Daniel (Dn 2,10-13).

Por último, como en Gn 20,7, Abrahán intercede por el faraón y su corte, afligidos por la peste. También le impone las manos –un elemento ausente del relato bíblico–, y tanto el faraón como toda su corte se curan. Abrahán es recompensado con ricos presentes (*cf.* Gn 20,14) y recibe del faraón a la sirva egipcia Agar, lo que permite explicar la presencia de este personaje en el relato bíblico algunos capítulos más adelante (*cf.* Gn 16,1). Pero el comentario apócrifo se cuida muy mucho de decir, como en el relato bíblico, que Abrahán había recibido estos presentes a cambio de Sara (Gn 12,16).

El relato de Qumrán, por tanto, ha expurgado el texto bíblico, lo ha enriquecido con elementos tomados de otros relatos y, sobre todo, ha hecho de él un relato edificante de principio a fin. Abrahán ya no es un personaje de carne y hueso, y su comporta-

miento ya no es problemático. Al contrario, es irreprochable y perfectamente “edificante”. Abrahán ya no es un objeto de escándalo, sino de veneración.

## El libro de los Jubileos<sup>29</sup>

La tradición judía también ha querido completar la “biografía” de Abrahán allí donde el texto bíblico se muestra muy poco locuaz, entre otras cosas en lo que respecta a la juventud del patriarca. Esta primera parte de la vida de Abrahán es descrita con detalle especialmente en el libro de los Jubileos<sup>30</sup> y en el midrás<sup>31</sup>. El libro de los Jubileos retoma toda la historia del mundo desde la creación (Gn 1) hasta la institución de la Pascua (Ex 12).

La infancia y la juventud de Abrahán están expuestas en los capítulos 11 y 12 de este libro apócrifo. Abrahán, hijo de Téraj, nace en el año 1876 después de la creación del mundo<sup>32</sup>, en una época especialmente crítica para la humanidad. En efecto, una serie de cataclismos aflige al mundo: idolatría, guerras, violencia e incluso hambre. A los catorce años (¡dos veces siete!), Abrahán descubre la corrupción del mundo y decide no adorar ya a los falsos dioses. Interviene contra pájaros que asolan las cosechas. También trata de convencer a su padre para que abandone el culto a los ídolos, pero en vano. Entonces decide quemar las estatuas de esos ídolos. Su hermano Aram trata de salvarlos, pero perece en las llamas. Esto explica la muerte prematura de Aram, indicada por la Biblia (Gn 11,28).

<sup>29</sup> Cf. R. Martin-Achard, *Actualité*, pp. 118-122.

<sup>30</sup> Escrito judío que se remonta a la época asmea; data del siglo I y quizá incluso de finales del siglo II a. C. Para el texto, cf. A. Caquot, “Jubilés”, en *La Bible. Écrits intertestamentaires*, pp. 628-810; F. Corriente Córdoba – A. Piñero, “Libro de los Jubileos”, en A. Díez Macho (ed.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, II, Madrid 1983, pp. 67-193.

<sup>31</sup> Especialmente *Beresit Rabbá*, comentario al Génesis cuyos elementos más antiguos se remontan a los primeros siglos d. C.

<sup>32</sup> El libro de los Jubileos se interesa muy particularmente por las fechas y el calendario litúrgico.

Téraj abandona entonces Ur de los caldeos con toda su familia para ir a establecerse a Jarán (*cf.* Gn 11,31). Allí, Abrahán invoca a Dios para saber lo que debe hacer: si permanecer en Jarán o regresar a Ur. Dios le responde con las conocidas palabras de Gn 12,1: “Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré”. Así pues, el libro de los Jubileos proporciona un contexto a la vocación de Abrahán. Es en ese momento cuando Dios decide revelar a Abrahán la lengua que hablaban los primeros hombres, en la época de la creación, y que sin duda es el hebreo. Abrahán abandona entonces a su padre para obedecer la orden de Dios (Jub 12).

Entre los episodios o elementos inéditos introducidos por el autor de Jubileos hay que señalar dos más significativos. En el capítulo 16, Abrahán insta la fiesta judía de las Tiendas (Jub 16), una iniciativa de la que la Biblia, evidentemente, no habla, porque las principales fiestas litúrgicas son instituidas por Moisés. A continuación, el libro de los Jubileos suprime una de las mayores dificultades del relato de la prueba de Abrahán (Gn 22,1-19). Para Jubileos, el príncipe de los demonios, llamado Mastema, apuesta con Dios que el patriarca está más ligado a su hijo que a su Dios. Éste acepta el desafío, y es así como comienza la prueba de Abrahán (Jub 17; *cf.* Gn 22,2)<sup>33</sup>. El libro de los Jubileos, evidentemente, se ha inspirado en el comienzo del libro de Job para interpretar Gn 22.

Al final del libro de los Jubileos, Abrahán reúne a sus hijos y nietos para hacerles sus últimas recomendaciones (Jub 20-22). Insiste muy particularmente en el rechazo de la idolatría y la fiel observancia de la Ley de Dios, en especial la celebración de las fiestas litúrgicas. Estos dos puntos revisten una importancia especial para el autor de Jubileos. En efecto, en un mundo en el

<sup>33</sup> Aquí se encuentra una tendencia ya presente en la Biblia. Si para 2 Sam 24,1 es Dios mismo el que incita a David a censar el pueblo de Israel, acción que le valdrá al rey ser castigado, el libro de las Crónicas, que cuenta el mismo relato, dice, por el contrario, que es Satán el que toma la iniciativa y no Dios: “Satán maquinó contra Israel e instigó a David para que hiciera un censo de Israel” (1 Cr 21,1).